

ESCRIG ROSA, Josep. Contrarrevolución y antiliberalismo en la independencia de México (1810-1823). El Colegio de Michoacán-Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2021. 510 páginas. ISBN 978-84-134-0222-2.

La obra de este joven investigador, que fue el producto de una profundísima investigación doctoral, cargada de un gran número de fuentes documentales y archivísticas primarias, viene a dar todavía mayor complejidad al proceso secesionista hispanoamericano desde la óptica del mundo antiliberal y contrarrevolucionario.

Me parece que este libro contribuye a profundizar en esa lectura de la historia cargada de «grises», donde no cabe una interpretación esencialista de la misma, pues los hechos no se pueden dilucidar de forma unidireccional en su totalidad. En este sentido, la perspectiva novedosa que analiza es el del fenómeno contrarrevolucionario como movimiento que no sólo se circunscribió en lo reactivo, sino que, atendiendo a las derivas y complejidades del proceso, adoptó, a veces, medidas cambiantes con respecto a la línea ortodoxa.

Partiendo de que las «independencias» fueron un fenómeno muy complejo que no se puede reducir a un maniqueísmo de buenos y malos o blanco y negro, el autor incide en todo este laberinto, dentro de un estudio circunscrito en el sector contrarrevolucionario.

Lo más destacado de su investigación, y que debería de ser tomado en cuenta para entender mejor la deriva final rupturista, es (dentro de ese contexto de rechazo a las doctrinas liberales por parte reaccionaria) lo que llevó a varios sectores tradicionales a apostar por el proyecto independentista que encabezó Agustín de Iturbide en Iguala, bajo la esperanza de esa preservación de México; aunque en ese momento todavía no es posible hablar de México en el sentido del Estado-Nación que hoy concebimos, sino de esa América Septentrional que acaba de iniciar su andadura nacional postrevolucionaria en el México independiente (bajo un imperio sin emperador como recuerda José Antonio Ullate), y que inicia aún ahora un proceso de estatalización que le llevará por varias décadas su implantación.

Claro que no todos los antiliberales apoyaron la independencia transigiendo con la propuesta de Iturbide, pero es muy interesante ver cómo sí hubo un sector que bajo argumentos de raíz anti ilustrada y tradicional, modificó su actitud respecto a la consecución final de independizarse.

Esa utilización de instrumentos doctrinales que el nuevo sistema revolucionario les confería a los sectores aludidos, hizo que muchos acabaran apostando por la independencia, hecho que había sido combatido por ellos mismos toda la década anterior. Cierto es que se pretendía evitar con esto que las directrices políticas liberales de las Cortes en la península ibérica se infiltraran en Nueva España, así como la reversión de la revolución liberal.

Como se conoce, el resultado final no fue la vuelta a la situación anterior a la revolución, y de ahí que la restauración se convirtió en una quimera tras la experiencia del Primer Imperio.

Entrando en la disposición del escrito, el autor divide en dos grandes bloques el proceso; en una primera parte (de 1810-1820) da a conocer esos «ecos transoceánicos» que el desafío revolucionario suponía (todo ese sentimiento antinapoleónico, esa revolución impulsada por las Cortes de Cádiz y ese desafío insurgente), que en un primer momento había sido aceptado tácitamente por una parte contrarrevolucionaria, y que fue renegado en bloque tras la vuelta de Fernando VII en 1814). Así, con la restauración en el trono de Fernando VII, en Nueva España tampoco hubo una «completa reposición del orden antiguo», aunque se había desarticulado prácticamente los movimientos de insurrección, pero la reposición del sistema liberal-constitucional y el golpe de Riego en la península cambiaron la historia virreinal.

Este hecho marcaría el segundo gran bloque del proceso entre los años de 1820-1823, donde una parte de la contrarrevolución y la independencia se ligaron. Como escribe el autor, «no está clara todavía la conexión entre el grupo contrarrevolucionario opuesto a la difusión de las máximas liberales y los que será el proyecto de independencia de Agustín de Iturbide», pero muchos a los que les llegaban las noticias del carácter secularizador de las Cortes peninsulares vieron positivamente su alternativa.

Si a ello le añadimos los cuestionamientos de seguir perteneciendo a una monarquía española que ya había dejado de serlo en sentido tradicional con el cambio de régimen, se puede observar por este estudio que los grandes teóricos antiliberales como Vélez fueron utilizados ahora para justificar la separación y defender la patria de la revolución en la que había caído ya la Monarquía católica del viejo continente.

De este modo, la independencia se planteó por ciertos sectores tradicionalistas como remedio a la situación que había afectado ya al lado europeo, pasando a aplicarse unas acciones más drásticas e impensables, como fue a la postre la propia independencia (sin la revuelta o revolución que una década atrás Hidalgo había iniciado). En el fondo, esa tradición a la que se apelaba para salvar el statu quo ya no iba a ser tal, y lo que aconteció fue una emancipación por dar la espalda a la tradición católica, pero cuyo remedio iba a devenir en una utopía.

La futura monarquía moderada tenía aspectos ambivalentes, lo que hizo que se fueran frustrando las esperanzas que los sectores reaccionarios habían depositado en él. «El efímero Imperio de Iturbide fue la oportunidad perdida para contener el avance de las doctrinas liberales», a lo que se añadió el ensamblaje posterior de una «república que contaba con una base de raíz gaditana».

Para los sectores reaccionarios que le habían apoyado, Iturbide no completó la obra que había iniciado, lo que dio paso a otro tema diferente como fue el de la historia republicana del México independiente.

MANUEL ANDREU GÁLVEZ.

Universidad Panamericana, Campus Mixcoac, Ciudad de México, México